

**PALABRAS PRONUNCIADAS  
POR H. JOAQUIN INCHAUSTEGUI SALVADOR  
EL DIA 12 DE FEBRERO DE 1980**

Señor Rector, distinguidos invitados, amigos:

Hoy me toca a mí el deber y el honor de dar las gracias a la Universidad y cantarle una oda a mi padre.

Héctor, aquel poeta cuyo reino no fue de este mundo, aquel que nos tocó a todos con la magia de su ejemplo, palabras y amistad.

El que le cantó a los suaves burros de su pueblo, a una mujer cualquiera, a los de arriba, a los tristes carmesíes que salpican las diminutas sendas, a la montaña y al valle, pero más que nada, habló del hombre, de su país y sus sufrimientos, a el hombre que exprime paciente su inutilidad fecunda, el cual esparce a sus hijos como insectos dañinos por montes y sabanas, a las fiestas malditas de los hombres.

Héctor que dijo:

*Después que pasa amor  
¿quién se lo explica?  
Queda un poco de ceniza,  
un suave olor de flores blancas  
que recuerda a los muertos pequeños y llanto  
amargor de boca.  
Rumor en el oído.  
Rumor que no se sabe  
si nace de adentro o está afuera.*

Héctor, fue a tí quien la tierra llamó para ser fertilizada, la furia del David sin honda abrió las entrañas de la tierra y desarraigó a tu pueblo; a tí llamó a sus senos; llorando el cielo derramó perlas de dolor, que después de la destrucción ha florecido; hoy, tus árboles,

los árboles de Quisqueya se visten como novias poblanas, como en canto a lo infinito.

Dios está a tu lado, y siempre lo estuvo, no en las sombrías catedrales, sino en la tinta de tu pluma que hoy yace seca.

Tu patrimonio, para nosotros, no fue oro, fueron libros, ellos te daban y nos daban vida; la fuerza y la humildad que ellos contienen nos las transmitiste a todos nosotros, nos enseñaste como los musulmanes, que la palabra escrita trasciende cualquier obra humana.

El barco partió y tú quedaste en el muelle, ondeando el pañuelo a rostros que no veías, salpicado por el sol y el mar.

Héctor, has muerto físicamente, pero tu alma ha quedado con nosotros; todo aquel que se considere justo y humano, que les corten los párpados, que miren la fuerza de tu canto a las estrellas, la guazábara, a la niña de Paya y al alcalde pedáneo, que vean como lo veías tú que todos somos hermanos, que dejan de ver con desprecio a los pies sucios y arrugados y sea la hartura castigada.

Perdidos los caminos. Asqueados de tu tribu y de la aldea entre el bosque de casas, que son suyos, extraviado te busco a tí, la cabeza entre las nubes

*el pecho por estrellas salpicado  
callando mi dolor y tu dolor  
Procurando la senda que me lleve  
el amor en recompensa  
a la virtud sin premio ni renombre  
a la fe en la deuda que salva  
de saber que nada de aquí abajo  
es indigno de tu querer  
indigno de mi dolor.*

Hoy estamos aquí reunidos para recibir tu herencia, no la cantamos en oro, la gritamos en nombres, tu tesoro, nuestro tesoro ha pasado, junto con las de Marino, a la organización de una biblioteca donde la mano con las uñas bien cortadas de la bibliotecaria, las del sudoroso estudiante, las del campesino con tierra y picadas de hormigas; pueden leer el fruto de un amor que fue tu vida.